

RETRATO

En los limpios cristales de tu mente
surgen mil sombras de tu fantasía
y ves negruras a la luz del día
que te acosan con furia sorprendente.

¡Ay, quién pudiera despejar tu frente
con el rayo de luz de mi alegría!
pero finges fantasmas a porfía
y todo mi trabajo es impotente.

Negra nube se cierne ante tus ojos
que tu alma llena de temor y enojos.
Son tragedias las penas más triviales.

¡Antítesis fatal del optimismo,
eres para remate de tus males
torcedor angustioso de ti mismo!

ELADIA MONTESINO

¡NO BASTA!

(CUENTO)

JOSÉ había sido una de esas personas que no tienen derecho a la felicidad. Si se ponía a mirar hacia atrás, hacia el pasado, ningún suceso descubriría en el que detenerse complacido. Ni en la infancia, cuando todo nos atrae y sonríe, ni en la juventud, en que empezamos a tomar posesión de las cosas y a disfrutar de tal dominio; ni en la madurez, cuando la vida debe adquirir un sesgo de melancolía, pero nada más.

Conoció la estrechez, las privaciones, los malos tratos, las enfermedades. Este clima moral en que se había desenvuelto su alma, vino a reflejarse en su figura física, más bien de persona trashijada y enclenque. Sobre todo en el rostro, de cierta expresión taciturna. Los ojos azules, aunque denotaban bondad y nobleza, revelaban también tristeza y temor. Una sombra violácea, como un crespón de luto, se extendía en torno de ellos. La boca aparecía ligeramente contraída en las comisuras, y el tono amarillo, casi cetrino, de las mejillas, de una redondez fofa y enfermiza, contribuía a aquel aspecto melancólico y deprimido. Lo desgarrado del cuerpo, con más huesos que carne, anguloso y quebradizo, y la descuidada vestimenta, en la que no se advertía detalle alguno de vanidad, hacía más triste la figura.

Los padres de José habían tenido primero un revendujo, después una abacería, y por último una tienda de comestibles. Esto quiere decir, que dentro de una posición que no había dejado nunca de ser modesta, la prosperidad sustituyó a la sordidez. ¡Pero aquel hijo, aquel dichoso hijo que no servía para nada! A Juan, el padre, se lo llevaban los demonios cada vez que comprobaba la inutilidad de José. Y como no era hombre en el que el buen humor triunfase respecto de cualesquiera otras singularidades del carácter, el pobre José sabía a ciencia cierta de la dureza de su mano, que es lo que más temía, como es natural, y de la violencia de su lenguaje. — «¡Basta, basta ya padre!», «¡No basta, no, no basta!», respondía éste furioso e implacable. Y ya con la mano, desprovista de todo instrumento contundente, ora con los zorros del polvo, o con la correa con que se ataba los pantalones e incluso con el cogedor de metal, que servía para sacar el arroz o las alubias de los sacos, allá iba un golpe tras otro sobre las endebles costillas de José, seguidos de ajos y barajos.

Había que estudiar. La posición que ocupaban bien les permitía intentar que José fuera en la vida algo más que el dueño o partícipe de una tienda de comestibles. Eran ya muchos años detrás del mostrador, midiendo aceite, empaquetando garbanzos, contando calderilla sucia. Puesto que los dos hijos mayores habían elegido sendas profesiones serviles, y la hermana que les seguía estaba aprendiendo el corte en Madrid, para establecerse una vez bien conocido el oficio, ¿por qué José, el último vástago de la familia, no había de estudiar una carrera?

Don Ramón se encargó de la enseñanza de José. Don Ramón era un maestro chapado a la antigua. No compartía los nuevos métodos pedagógicos. Seguía creyendo que la letra con sangre entera, y consecuente con este refrán hoy en desuso, iba siempre provisto de un puntero que a la vez que servía para indicar ciertas cifras del encerado, empleábase asimismo para golpear la palma de la mano o los nudillos de los discípulos. Un «¡Cuerno!», que no se le caía de los labios y un pescozón a mano abierta o con el puño cerrado, según los casos, en la coronilla, completaban el repertorio de sus correctivos. Como además era achaparrado, cual encina enana, membrudo y musculoso, de muy pobladas cejas, que parecían matorrales, y de unas manazas velludas, los muchachos apenas si se atrevían a respirar en su presencia. Tan temeroso aspecto y cavernarios procedimientos educativos contrastaban con las hermosas ráfagas de sol que entraban por los balcones de la escuela.

José ocupó uno de los últimos pupitres. Allí no estaban mal. Lejos del puntero o de las manazas de Don Ramón. Difícilmente visible a sus ojos y a cierta distancia del muchacho más próximo. Y como su carácter era reconcentrado y poco comunicativo, y su corazón andaba siempre desasosegado, como si le amenazase constantemente algún peligro, agradóle sobremanera el sitio que ocupaba.

Era puntual, temeroso, obediente. Una vez en su asiento abría el libro, apoyaba los codos en el pupitre, cruzaba los pies uno sobre otro y se aventuraba por la selva de la letra impresa. Pero como leía con dificultad y la imaginación, libre de los ataderos de las personas circundantes, que siempre la cohibían y atemorizaban, podía dirigirse a donde le petase, a poco de fijar los ojos en el libro, allá se iba el pensamiento tras las musarañas.

Pronto diéronse todos cuenta de que era un pobrecillo apocado, sin chicha para nada. No había más que verle. Asustadizo, sin arranques para mirar a las personas a la cara, con una vocecilla temblorosa, llena de inflexiones impuestas por las débiles sacudidas psíquicas; huyendo de todos, pues siempre veía en los demás, debido a cierto instinto que poseía más que a deliberado juicio, no sé qué peligros o asechanzas.

Cuando Don Ramón le llamaba con aquella voz suya que parecía un trueno: «¡José, ven acá! No te veo desde aquí. A ver, acércate. Eres un pazuato, y así no se va a ninguna parte. ¿No me estás oyendo? ¿Vienes o voy por ti?», le temblaban las carnes; se le hundía la voz allá dentro, en sus entrañas; sentía como un descaeci-

miento de la voluntad, que casi le impedía moverse, y con los ojos bajos y un andar azorado y tembloroso por el angosto pasillo central que había entre los bancos, acudía a la llamada de Don Ramón.

Los muchachos que estaban más cerca de él, al cruzar le asaeteaban con burlonas exclamaciones:

—¡Que viene el coco!

—¡Boquera!

—¡Sanguta!

—¡Señorita!

El maestro sólo oía un confuso rumor de voces y soltaba unos cuantos rotundos «Cuernos», seguidos de varios puñetazos sobre la mesa.

—¡Que nadie hable! ¡Que nadie se mueva!

José había llegado a la mesa de Don Ramón, pero no veía nada en torno. Tenía los ojos abiertos, ojos de asombro, quizá de un íntimo y soterrado terror que le sacudía todas las fibras del corazón, mas estaban ciegos respecto de cuanto había delante de ellos.

—¡No reirse! Cada uno a su trabajo. ¡Pirulo, que te veo desde aquí los visajes que haces y te voy a dar un punteazo en los nudillos!— tronaba estentóreo Don Ramón.

Después se encaraba con José, que seguía sumido en el piélagos de la más terrible turbación.

—Escribe tu nombre en la pizarra. Pero, desgraciado, ¿no ves la tiza? ¡Que te muerde!

Una incontenible risotada de los muchachos hacía al maestro esgrimir el puntero en el aire, como si fuera a descargarlo sobre alguno.

—¡Silencio! ¡Que no se oiga ni una mosca, cuerno y recuerno!

José tenía la tiza en la mano. Se había vuelto de espaldas a Don Ramón y garrapateaba el nombre en el encerado.

—Ahí falta algo.

José por mucho que miraba las letras que acababa de escribir, no veía más que una mancha blanca confusa.

—Fíjate bien y no seas mameuco.

Hizo ademán de ir a hablar, pero como en tantas otras situaciones parecidas, se le congeló la voz en la garganta.

—Lo sabes, de más de una sílaba, porque me has oído decir muchas veces que las palabras agudas que terminan en vocal se acentúan; pero eres tan apocado, tan infeliz, que deberías estar en casa ayudando a tu madre. Mira... y tras de levantarse del sillón, de dar unos pasos hacia el encerado y quitarle a José de la mano la tiza, marcó sobre la e del nombre escrito un enorme acento, ¡como un pararrayos!—Para queno se te olvide

Escenas como ésta se repitieron muy a menudo. José tropezaba al ir a sentarse en su sitio; veía las cosas borrosas e indistintas en cuanto Don Ramón le dirigía la palabra; sentía que algo se le moría dentro, en el pecho, en las entrañas, como un trozo de su propia vida; y cuando le dejaban solo en el banco, y se olvidaban de él, las letras del libro que tenía abierto sobre el pupitre parecía como si se

le fueran esfumando hasta convertirse en algo ilegible, irreal, y la imaginación, entonces, le trasladaba a un mundo de sensaciones gratas, deliciosas, sutilísimas, que se iban apoderando de su alma y que la sumían en un inefable sopor.

Don Ramón era un hombre desagradable, áspero, duro, despiadado, pero en lo tocante a su honradez ningún reproche podía hacersele. Habló, pues, con el tendero y le dijo que de José no cabía esperar nada. Era un chico puntual, obediente, sumiso, incluso estudioso, pero se le atragantaban los números, se le olvidaban las reglas más elementales de la ortografía y lo que es peor aún, se había convertido con su timidez, con su terrible apocamiento, en el hazmereír de la escuela.

Al padre de José no le sorprendieron estas noticias, pero le enojaron. ¡Que un hijo suyo sirviera de burla a los demás! Decidió sacarle de la escuela, y José estuvo durante algún tiempo libre de toda ocupación. ¡Qué bien lo pasó aquellos días! Se levantaba a la hora de siempre; almorzaba en la cocina; echaba la cordilla al gato; se iba a la tienda y ayudaba a los dependientes a trasladar tal o cual mercadería de una a otra parte. Después se marchaba a la Plaza Mayor, a ver las carteleras del cine o a extasiarse oyendo a alguno de esos vendedores parlanchines, que con sus voces y excentricidades atraen tan irresistiblemente la atención del público.

Por la tarde se escabullía de casa en cuanto podía, y salía al campo. Le gustaba recorrer las huertas de la Ribera, y las callejas de los olivares, y algunas veces, si el sol estaba muy alto sobre el horizonte, alcanzar, saltando paredes y subiendo repechos, el santuario de la Virgen. En su conciencia de niño se había ido forjando la idea de que el mundo, su mundo—sus padres, sus hermanos, Don Ramón, los condiscípulos, los dependientes de la tienda—, le era hostil, y replegábase a estas soledades del campo, de las que no temía recibir daño alguno. Los gorriones le saludaban a su paso con los trinos más dulces y armoniosos, y los árboles frutales que a orillas del camino alzaban su frondosa copa, le brindaban acogedor asilo. Pero una tarde... Había dejado atrás las huertas y saltado las bardas de una heredad. La casa, en un rincón de la finca, aparecía cerrada; los cangilones de la noria despedían débiles reflejos bajo la luz del sol, y un profundo silencio, rara vez alterado por el croar de las ranas o el chillido de algún pájaro, imperaba en todo aquel paraje, de una suave melancolía. A poca distancia de la rústica pared, cubierta de enmarañado zarzal, elevábase un alto pino, de ancho y dilatado ramaje. José miró primero al árbol y tras un ligero movimiento de indecisión, probó sus fuerzas y su audacia. No era tan cobarde como suponían los demás, pensó, y ya arañándose las piernas y las manos en las desigualdades del tronco, bien perdiendo en la ascensión algún pedazo de tela de las calzonas, consiguió encaramarse en lo más alto de la copa. Caía el sol sobre ella, que era una bendición de Dios, y la doraba y hacía fulgir con cegadora luminosidad.

Bien instalado en una de las ramas, miró en torno, respiró fuerte



ALBUM EXTREMENO.—Monasterio de Guadalupe: Retrato del Cardenal Saro Mellinis, Nuncio del Papa en España, por Carreño.—Foto Mas

y hondo, y lanzó al aire un grito, que volvió a sonar y a repetirse de nuevo. Era la física explosión de una alegría entrañable y jocunda. Pensó en Don Ramón, y en *Pirulo*, y en los demás chicos de la escuela, y volvió a gritar hasta ensordecer. Los jilgueros que había en el tejaro de la casa huyeron asustados, se oyó el graznido de unos gansos y ladrar a un perro en las callejas.

Pero de pronto...

—Anda, baja, que te voy a dar en las costillas con esto que tengo en la mano, para que grites un poco más.

Era un hombre el que acababa de hablar así. Estaba al pie del árbol y llevaba una vara de fresno en la mano derecha. No se le veía banderola alguna ceñida al pecho, ni escarapela en el sombrero, de largas alas. Debía de ser el dueño de la heredad o un criado suyo que miraba por la integridad forestal de la finca.

José sintió como tantas veces había sentido, un fuerte escozor que le subía desde sus más recónditos senos. Le temblaron las manos y creyó que se le iba la cabeza. Quiso hablar, disculparse, justificar de algún modo su presencia donde estaba. Pero la voz, aquella voz que se le perdía no se sabe en qué profundidades de las entrañas, hundiósele ahora también en el pecho. Temió por su vida pues el corazón le latía tan presuroso que se figuraba que no sería capaz de aguantar durante más tiempo aquel galope desenfrenado.

El hombre de abajo demandó más imperiosamente:

—Pronto... y con cuidado de no caerse.

José, sacando fuerzas no se sabe de donde, emprendió el descenso. Una vez le falló el pie al apoyarlo en un muñón del pino y estuvo en un tris de no caerse. Ya en el camino libre del tronco, salvadas las últimas ramas y algún astillado saliente, cerró los ojos, se afianzó al árbol con piernas y brazos, y en un santiamén, pero dolorido y sangrante, vino a caer junto al hombre.

—¿Cómo te llamas?—inquirió éste, con mirada severa y un inquietador movimiento de la vara.

—José—respondió nuestro héroe, más muerto que vivo.

—¿José qué?—preguntó el hombre, sin dejar de mover la vara en el aire y con la mirada cada vez más dura y mordedora.

—José García .. Panadero.

—¡Ah!,—tu eres el hijo del señor Juan, el tendero. Bien. Conozco a tu padre y por ser ésta la primera vez que te has atrevido a saltar la tapia de esta finca te dejaré salir de ella sin quebranto de tu cuerpo; pero si vuelves a entrar y a subirme a este árbol o a cualquiera otro, con esta vara de fresno que ves aquí—y se la puso delante de las narices—he de medirte bien las costillas.

Cuando José se vió fuera de la heredad, resolvió con gana, como si durante algún tiempo hubiera estado sin respirar. Después, algo más seguro de sí, se tiró para arriba de las calzonas y se apretó bien el cinturón de cuero. Como se viera las manos y las pantorrillas llenas de sangre, apartóse del camino unos metros, para lavárselas en un cantarín regatuelo que discurría entre guijarros y juncos; y realizado este menester, con lo que se borraron en no escasa parte las

huellas del delito, emprendió la marcha, a buen paso, hacia la ciudad.

Caía despaciosamente la tarde y empezaron a salirle al cielo los aurirroscos colores del crepúsculo.

José no tuvo ocasión de reconstruir la pasada escena porque un contratiempo más grave que el anterior asaltóle de improviso. Junto a la corralada, cerca del puentecillo de la Ribera, aparecieron varios muchachos. José les reconoció en seguida. Eran discípulos de Don Ramón: *Pirulo*, *Mosquito*, el *Andaluz* y otros tres más cuyos nombres de pila o remoquetes desconocía José.

El ataque fué brusco y resuelto. Abriéronse en abanico los seis rapaces, con intención de no dejar pasar a José, y comenzó la lluvia de burlas e insultos.

—¡Sanguta!

—¡Boqueras!

—¡Señorita!

Una pellada de barro cruzó el aire y de no agacharse rápidamente el hijo del tendero, habríale dado en mitad del rostro.

—A que se echa a llorar como una niña—exclamó *Mosquito*, que tenía ya preparada otra bola de barro en la mano izquierda, pues era zurdo.

José se había parado junto al pretil del puentecillo. Estaba intensamente pálido. No sabía si pasar o esperar a que los antiguos compañeros depusieran su actitud hostil. ¿A qué venía aquel ataque y aquellos insultos si él iba pacíficamente por el camino sin meterse con nadie? Miró en torno y vió que se acercaba un hombre que venía montado en una caballería cargada de hortalizas.

—Vamos, chicos, dejad al pequeño—dijo el hombre en un tono conciliador.

—Es un mandria—exclamó el *Andaluz*, y escupió por el colmillo como cualquier brabuconazo.

—Anda pasa... que ya hueles mal—rezongó otro de los muchachos: un pelirrojo que tenía la cara llena de pecas y bizcaba un poco el ojo izquierdo.

José pasó, protegiéndose el cuerpo con el hombre de la caballería, que le miró entre compasivo y protector.

—No es de valiente meterse seis muchachos con uno solo.

—¡Bah! Cualquiera de nosotros le puede—replicó *Pirulo* al hortelano, con un gesto despreciativo, a la vez que lanzaba al suelo un ruidoso escupitajo.—Es una señorita y tenemos que darle en los hocicos para que se espabile.

José sintió como una llamarada que le subiera del pecho al rostro y a la cabeza. Fué un encenderse de todas las ansias del ser en una reivindicación de su propia existencia. Miró al suelo y vió un canto. Agachóse rápido; lo cogió entre los dedos de la mano derecha, que parecían garfios por lo duros y apretados; volvióse para atrás, erguido y resuelto; dió uno, dos, tres pasos, y con toda la fuerza de que fué capaz en aquella rebelión de su alma dolorida, lanzó la piedra sobre la cara de *Pirulo*. Sonó el golpe como si la piedra

hubiera dado sobre el tronco de un árbol. Golpe seco y bronco. Tambaleóse *Pirulo*, con todo el rostro ensangrentado, y cayó, sin conocimiento, sobre el polvo del camino.

José quedóse indeciso un instante, después giró veloz sobre los talones, y corrió, corrió, como un desesperado, hacia la ciudad.

II

Juan comprendió que la vida ociosa de su hijo José no podía conducir a nada bueno. Los hermanos mayores, Miguel y Leopoldo, tenían bastante con sus actividades profesionales para tomar a su cargo la educación y vigilancia del «Benjamín de la casa», como decían con cierto retintín. Micaela, la única hermana, había establecido ya la Academia de corte; no podía restarle tiempo alguno a su trabajo; y la señora Josefa, como llamaban a la madre de José, era demasiado bobalicona e irresoluta, y por consiguiente nada a propósito para tener a su cuidado al pequeño.

Una mañana, ya bien entrado el otoño, Juan se quitó el mandilón de dril con que preservaba el traje de los peligros del oficio; lo colgó de la percha del escritorio; se puso el abrigo y la gorra de paño, de cuadros grises y negros, y se fué a ver a don Evaristo, el dueño de *La última moda*. Tras una amable y larga conversación se convino entre ambos que José aprendería la profesión de mercero, mas «por sus pasos contados». Esto quería decir que el chico barrería la tienda, vaciaría el cubo, cuando pasase por las mañanas el carro de la basura, limpiaría los sábados las lunas del escaparate, llevaría los paquetes de compras a los clientes y «la valija» de la correspondencia a Correos, como solía decir don Evaristo, que era hombre burlón, inclinado a la sátira.

José perdió su libertad, aunque lo cierto era que desde el enorme susto que le proporcionó la pedrada a *Pirulo*, pues hubo de intervenir el Juzgado, sus solitarias andaduras por las huertas y los olivares fueron cada vez haciéndose menos frecuentes. No le desagradó al principio *La última moda*. Los primeros días la dependencia casi no paró mientes en él. Allí todos estaban muy ocupados atendiendo a la numerosa clientela. Don Evaristo vigilaba desde la puerta del escritorio, y José, a cada paso, era requerido para llevar un paquete, coger del suelo algún papel inservible, que había que echar en el cesto de la trastienda (allí no se desaprovechaba nada) o sacarle algún vaso de agua a don Evaristo que padecía del estómago y solía tomar bicarbonato a menudo. Pero a medida que fueron pasando los días la franqueable barrera que suele haber entre grandes y chicos, desapareció del todo y comenzó una nueva vida para José, en la que las burlas y los insultos prodigáronse sin tasa ni medida. Todos eran a abusar de él. Los dependientes le hacían cargar con la escalera de una parte a otra; o con las cajas de bisutería o con los objetos más pesados de la trastienda. Don Evaristo le llamaba *Mosquita muerta* o *Capuchina*. Este mote o sobrenombre procedía de cierta asociación de ideas. La capuchina tiene una capucha, como es sabido, para apagar la llama.

- ¡Cuándo acabarás de espabilarte!—le decía uno.
 — ¡Eres un pasmao!—le gritaba otro.
 — ¡Quitate de en medio; ¿no ves que estás estorbando?
 — ¡Eh!; en qué piensas? Pareces bobo.

En este pozo de agua amarga se fué ahogando poco a poco el alma de José. La tienda se hizo odiosa. Porque ya no eran sólo los dependientes los que, despiadados y crueles, se burlaban de él o le insultaban, sino que el público que venía a la tienda a comprar, también tomaba parte en tan triste espectáculo. José se hizo célebre en toda la ciudad. No había persona alguna que no le conociese. ¡Desdichada celebridad que le iba llenando de hiel el corazón!

Un día le dió su padre un cheque para que se lo compensaran en la cuenta corriente. No tenía más que dejarlo, al pasar, en la ventanilla del Banco. Podía aprovechar la ocasión de ir a Correos a por la correspondencia, para hacer este encargo y así no tener que pedirle permiso al jefe.

Aquel día hubo mucho trabajo en la tienda y José estuvo muy solicitado de todo el mundo. Tal circunstancia obligó a nuestro héroe a demorar la ida a Correos, y con el temor de que pudiera perderse el cheque si lo tenía en el bolsillo de las calzonas, lo escondió debajo de una caja de botones de hueso, de la trastienda. Pero cuando quiso cogerlo no fué capaz de dar con él. Sin duda habían sido movidas e incluso trasladadas de sitio las cajas que contenían tal artículo, y la búsqueda del dichoso cheque no sólo fué difícil, sino infructuosa.

José nada dijo en casa, en espera de ser más afortunado en una nueva búsqueda. Mas como pasaran varios días sin encontrar el cheque, ni atreverse a dar cuenta de lo ocurrido a don Evaristo, ya que el revelárselo supondría la rechifla de toda la dependencia e incluso del propio jefe, que no estaría remiso en burlarse de él, decidió contárselo a su padre.

¡La que se armó! José, como otras tantas veces, se quitó el cinturón; se bajó las calzonas y puso en pompa y bien visible, aquella parte de nuestro cuerpo que sirve para sentarnos. El tendero tomó el cinturón de la mano temblorosa de José y propinó a éste una de las palizas más concienzudas y prolongadas de cuantas había recibido.

— ¡Basta ya, padre!

— ¡No basta! ¡No basta! Te he de matar—vociferó Juan como un energúmeno.

La señora Josefa, que no se atrevía a formular nunca la menor observación sobre estos métodos crueles de su marido, aventuróse a decir desde la puerta del cuarto:

— No adelantarás nada, Juan. Esta es nuestra cruz y cuanto más hagamos por librarnos de ella, más nos pesará sobre los hombros.

José creció. Sustituyó la blusa por la chaqueta y las calzonas por los pantalones. No rebasó nunca su estatura los límites corrientes. Además, sí dió cierto estirón en sentido ascensional, apenas ensancháronle pecho y espaldas. Continuó, pues, trashijadillo y enclen-

que, paliducho y anguloso. Quizá un buen observador, de esos que no se contentan con mirar el sobrehaz de las cosas, habría advertido en las pupilas azules de José, algo así como los destellos fundidos de la melancolía, es decir, del dolor resignado, y de la desesperación.

Casóse Micaela, y unos años después Leopoldo. Algunos contratiempos sufridos por Miguel en su profesión, determinaron a Juan a llevárselo a la tienda. ¿No sería él, en un futuro más o menos cercano, el llamado a hacerse cargo del negocio? Con José no había que contar; seguía tan bobalicón y esmirriado como siempre.

Y era verdad, triste verdad. Ni tullía, ni mullía. Se había acostumbrado a todo y hasta se diría que experimentaba cierta morbosa voluptuosidad con el dolor. Naturalmente que al ataque directo, a cara descubierta, a cuerpo limpio, había reemplazado la frase equívoca, el inteligente lenguaje de los ojos, la sonrisa y el cuchicheo. Ya no se le insultaba. Las burlas habían adoptado ciertas convenciones. La risa y el chiste a su costa, no sonaron como antes. Pero bajo aquel trato que parecía más humano y generoso, estaba siempre a punto el aguijón. José se sentía cada vez más distante del mundo que le rodeaba. Permanecía en casa lo menos posible. Soslayaba con la familia toda relación que no fuera absolutamente indispensable. Había visto toda la vida un enemigo en cualquiera, y el aparente cambio de ahora, que no era sino una simple sustitución de armas y de táctica, no devolvía la confianza y el estímulo de vivir a su atemorizado corazón.

Los domingos oía misa en la Parroquia y después iba a sentarse en la Plaza Mayor, en los bancos de piedra de los jardincillos. Les echaba migas a los gorriones, y disfrutaba viendo como las picoteaban, entre confiados y temerosos. Se apoderó de él una tristeza insoportable, un desfallecimiento de la voluntad, una inapetencia que le iba dejando en los huesos. En *La última moda*, cuantos habían entrado después que él al servicio de don Evaristo, le habían pasado ya y ocupaban mejores puestos. El seguía repartiendo los paquetes a domicilio y llevando y trayendo «la valija» de la correspondencia. Se le dispensó de barrer la tienda, de vaciar el cubo de la basura y de limpiar las lunas del escaparate, y tomó a su cargo facturar las expediciones de artículos a los corresponsales de la provincia. Iba a la Estación y a los coches de línea, cargado de paquetes, con el andar como distraído y cansino. A lo mejor oía al paso: «Es José, el hijo de Juan, el tendero».

Un día tuvo un descuido y al ir a coger la tijera que había sobre la mesa del escritorio, vertió el tintero y manchó el Libro Mayor, que estaba abierto sobre la carterita de hule. Don Evaristo no pudo contenerse:

— ¡Eres un bobo y seguirás toda la vida sin saber lo que haces!

José no dijo nada. Empapó el secante, de la tinta vertida. Fué a la alacena donde se guardaban los útiles de la limpieza; cogió el estropajo y un poco tembloroso aún frotó con él la parte de la mesa afectada por la mancha.

— No se te ocurra poner las manos pecadoras en el Libro Mayor

— exclamó don Evaristo, que temía que José en su atolondramiento intentase borrar la tinta caída en el libro o disminuir, al menos, la mancha— Se podría dar cualquier cosa por no tenerte en cien leguas a la redonda.

— Si hubiera podido evitarlo... Ya comprenderá V., don Evaristo —susurró más que dijo José, con aquella mirada un poco vaga, como soñolienta, que le era habitual en estos trances.

Después se fué a repartir varios paquetes que había ya preparados sobre la mesa del almacén. ¿No habría algún país en el mundo, pensaba, donde las distracciones, los descuidos, las torpezas, la timidez, el miedo, no fueran tan severamente castigados?

Algunos domingos, por la tarde, iba a las huertas; se sentaba sobre la hierba que crecía junto a las paredes de las callejas o caminaba perezoso y desganado, bajo los olivos, hasta el molino de la Ribera. A la izquierda del camino, vallado de zarzamoras, estaba la heredad de su aventura. La casa parecía débiles reflejos de luz, pues el sol, tamizado por las ramas de los árboles, los envolvía en cierta luminosidad crepuscular y mortecina. En el tejaro de la casa, muda y solitaria, había algunos gorriones; y el pino, a cuya redonda copa ascendiera con tanto trabajo, dilataba su sombra en torno. ¡Deliciosa sombra que se extendía sobre la seca hierba del suelo e invitaba a detenerse a cuantos pasaban cerca!

Como la señora Josefa muriese un día inesperadamente, de una congestión cerebral que no dió tiempo a prestarle auxilio espiritual alguno, tan súbitamente y fulminante fué, Micaela sugirió en casa de su padre la idea de que José debía casarse. Había tenido un presentimiento. Si algún día faltaba su padre, a ella le tocaría cargar con José. Sólo de pensarlo se le ponía carne de gallina. ¡Quién tomaba a su cuidado a aquel bobalicón! Y no paró hasta ver realizada su idea.

José se negó al principio con todas sus fuerzas. Aunque lo mata- sen él no se casaba. ¡En qué cabeza se había fraguado aquel desdichado proyecto? ¡Casarse él que iba cada vez sintiéndose menos apegado a este mundo! Pero pese a todas sus protestas y negativas, Micaela se salió con la suya y José se casó con una joven que iba a casa de Micaela a coserle la ropa y hacerle las prendas interiores. Era una muchacha modosita, seria, muy hábil con la aguja; nada agraciada por cierto; de edad indeterminable; con los ojos un poco hundidos, el pelo negro y rizado; simpático el semblante, como iluminado de cierta gracia nativa, y algo larguirucha y flaca.

La ceremonia no pudo ser más sencilla. Unos latines, varias preguntas, las arras que pasan de unas manos a otras y que, naturalmente, no fueron de oro, y la bendición. ¡Qué bromas dieron a José los dependientes de *La última moda* cuando varios días después de contraer matrimonio con la costurera, se reintegró al trabajo! ¡La mosquita muerta, la capuchina sin llama, el castigador de las niñas casaderas, convertido en un futuro padre de familia numerosa!

Todo lo que se le ocurría a José, como réplica a estos ataques,

se perfilaba en la mente con tan atroz retraso, que ya resultaba extemporáneo el decirlo. Aguantó, pues, las burlas y los chistes, con su estoica resignación habitual. Repartió los paquetes, facturó las expediciones y llevó «la valija» a Correos. Esto quiere decir que la vida seguía teniendo para él, a pesar de su nuevo estado, la misma cara dura y triste de antes.

Nada varió, es cierto. Su padre, Juan, siguió mirándole con ojos más severos que compasivos. Leopoldo apenas si asomaba por casa, y no había, por consiguiente, ocasión de comprobar si la trascendencia del acontecimiento epitalámico, había influido favorablemente en la estimación moral que José le inspiraba. Micaela fué la única que, por la cuenta que le tenía, supo apreciar en todo su valor el suceso. José, en tiempo más o menos próximo, no sería ya para ella carga alguna. ¡Menudo peso se le quitó de encima!

III

¡Anda con la mosquita muerta, con la capuchina apagada, y como fueron llegando los hijos a este mundo! ¡Vaya puntualidad la del primer alumbramiento! Si se hubiera adelantado unas horas, nada más que unas horas, habría dado motivo a la maledicencia a emplear sus villanas artes. Y después del primogénito vino el segundo, y luego otro, y otro, y así hasta siete en menos de diez años, Micaela no daba abasto haciendo envueltas, mantillas y zapatitos. En *La última moda*, cada desdoblamiento de la costurera daba lugar a la más estrepitosa algazara. «¡Y parecía bobol!», «¡Vaya un modo de emplear bien el tiempo!» «¡Como siguiera la racha, la tienda de Juan iba a ser insuficiente para dar de comer a tanto crío!»

José soportaba aquellas andanadas de buen humor con su paciencia de siempre. Sentía un íntimo y profundo alborozo de ver que no era tan inútil como se creía, que el hecho trascendental de la multiplicación humana no era algo impracticable para él, pero apreciaba también por otra parte, que esta experiencia de su idoneidad tenía un lado difícil y peligroso; que sostener con sus escasas fuerzas a toda aquella prole, sería tan imposible como cruzar el mar a pie junto o que saliera el sol por Occidente.

Juan dijo un día a su hijo:

—Mira José, si seguís así vais a pasar muchas calamidades.

Micaela se cansó de echar una mano a su cuñada. Leopoldo tenía bastante con sus hijos; Miguel se había casado con una manirrota a la que todo parecía poco, y no iba a echarse encima una carga más; y Juan, el tendero, se dió cuenta, con el susto natural, de que se había convertido en su mejor cliente.

La casa se llenó de gritos y de carreras. Rechinaron los muebles, ensuciáronse las paredes del pasillo y rompiéronse algunos cristales de los balcones. Todo fué adquiriendo un tono triste, de suciedad y de abandono. La costurera, que había cosido tanto para los demás, ahora se pasaba el día entero remendando y zurciendo la ropa de casa. Había polvo en los muebles, telarañas en el techo, manchas en el mantel y ese agrío tufillo intermitente que es como la asmática

respiración de las cosas sucias y abandonadas. La señora Josefa no era ningún dechado de pulcritud, pero si hubiera venido del otro mundo a hacerles una visita se habría llevado un malísimo rato. Tal era el desaseo que reinaba en aquella casa. Hasta el gato, que jamás hasta ahora cometiera licencia alguna, que había demostrado siempre tener una excelente educación doméstica, comenzó a dejar por los rincones o debajo de las camas, más de un testimonio de su incontinencia corporal.

Aunque José, como se puede colegir fácilmente de cuanto va escrito, no fué nunca un buen catador de la vida para saber apreciar la calidad y señorío de las cosas, no tardó en darse cuenta del porvenir sombrío que les aguardaba. Se fueron gastando las reservas de los armarios. A Juan, el tendero, no había quien le sacase una perra del bolsillo para reponer la ropa de casa, sustituir los platos y las cazuelas rotos y arreglar los muebles que estropeaban los chicos. La costurera aconsejó a José que hablase con don Evaristo y le pidiera aumento de salario. ¡Aumento de salario, rezongó el jefe, ahora que había habido tantos gastos con ocasión de la reforma del almacén!

—¡Dios proveerá!—decía la costurera, cada día más larguirucha y flaca.

José aguantaba todo con aquella sumisa temperancia de su carácter apocado. El ¡no basta! ¡no basta! del tendero cuando ya en lejanos años al azotar con el cinturón las nalgas de José, pensaba que no eran suficientes los correazos dados, estaba ahora siempre presente en la conciencia del hijo. Y cuantas veces sufría éste nuevos sinsabores y desdichas, alzábale en el corazón el eco de aquellas palabras. ¡No basta! ¡no basta! Le martilleaban las sienes y le arañaban las entrañas.

—José, sube.

—José, baja.

—José, haz el favor de ir a la tienda por un kilo de azúcar.

—José, tenme un momento a la niña.

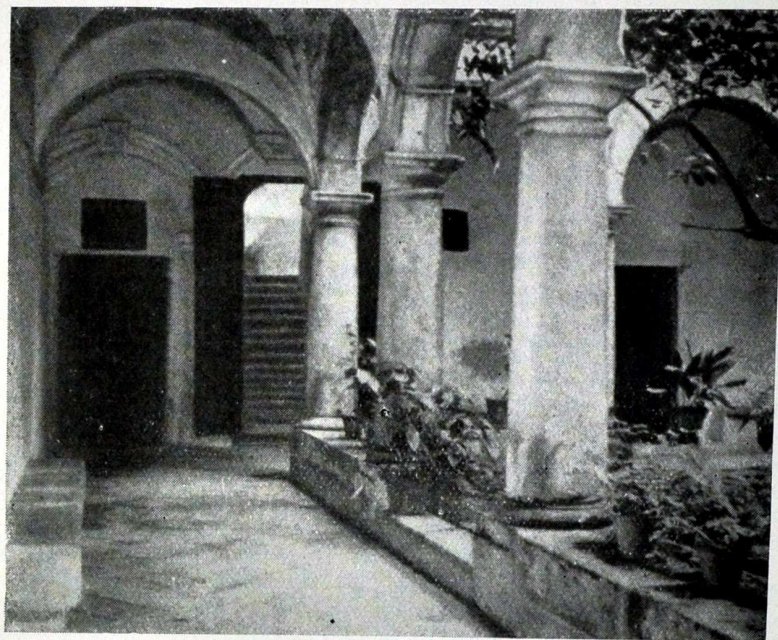
Y José subía y bajaba las escaleras del principal, una, dos, cuatro, seis, veinte veces al día; y traía de la tienda el azúcar y cogía en brazos a Inesita, el más pequeño de los hijos.

Pasaron varios años. Los chicos crecieron y la situación se hizo más difícil. Daba grima ver aquella casa. Hasta el gato denotó en lo largo y estrecho de su cuerpo la escasez y las privaciones. Tenía un maullido triste en su andar errabundo por la casa. A José le empezó una tosecilla pertinaz y molesta. Se había constreñido su figura como si una oculta fuerza interior le tirase del cuerpo para dentro. Se le velaron los ojos de melancolía, de una melancolía enfermiza y se le marcaron más los pómulos y la amarillez de la cara. A Micaela no le pasó inadvertido todo esto, pero no quiso alarmar a su padre, ni a Martina.

Don Evaristo dijo al contable:

—No me gusta José, no me gusta.

Martinita, la mayor de las hermanas, era como un trasunto de su padre. Los mismos ojos azules, cruzados de noble tristeza. La bo-



ALBUM EXTREMEÑO.—Patio de la casa del Duque de la Victoria
(Valencia de Alcántara).—Foto X

ca, más bien grande, igualmente contraída en las comisuras. Pali-ducha, delgada como un huso, sin esas redondeces y abultamientos propios del sexo femenino. Si no se la hablaba, nada decía. Timida como una gacela. Tan metida en sí, tan impenetrable, que resultaba muy difícil adivinar sus pensamientos. Se crió con bastante retraso y hubo que ayudar constantemente su naturaleza para que se desarrollara. Quizá por su gran parecido físico y moral con José, era el ojito derecho de éste y a quien más efusión y mimo manifestaba. En los otros chicos no se había dado la ley de la herencia de un modo tan inequívoco como en Martinita. Eran alborotadores, traviesos, decididos, si cabe. Corrían por la casa como demonios, jugaban con los otros niños de la vecindad... y como decía el tendero, «comían como sabañones». Martina, en cambio, lo hacía como un jilguero, así estaba de atrasadilla y anémica; ayudaba a su madre en los quehaceres de la casa y apenas salía a la calle a jugar con las niñas.

Luisito, el tercero de los varones, llegó un día a la tienda, donde se hallaba su madre, quejándose de frío y con malísimo cuerpo. Lo llevaron a casa, le acostaron y le dieron un vaso de leche, bien caliente, con unas gotas de café, para que entrara en reacción. Pasó la noche nervioso y desasosegado. Se quejaba de un fuerte dolor de cabeza y a juzgar por la piel ardiente y brillante, debía de tener mucha fiebre. No agradó a José el aspecto del muchacho, pues Luisito no hacía más que moverse y quejarse a cada instante, y decidió en persona a avisar al médico. Cuando éste llegó bien entrada la mañana, el chico había tenido varios vómitos y ataques convulsivos, acompañados de agudos gritos. El doctor pensó que se trataba de una meningitis, y que se saldría de toda duda tan pronto se le hiciera un análisis del líquido cefalorraquídeo, para lo cual dispuso cuanto había que hacer. Confirmóse el diagnóstico y empezó para los padres de Luis el más terrible calvario. Por las noches velaba José y por el día asumía la madre el cuidado del hijo. ¡Larga y triste enfermedad! ¡Inútiles sacrificios económicos para restituir la salud al pequeño! A Juan se le llevaban los demonios. Vengan visitas del médico e inyecciones del practicante. Vengan malas noches, sin pegar los ojos, y el muchacho siempre igual, sin que se advirtiera el menor síntoma de mejoría, por pequeño que fuese.

José, entre las vigiliass y el trajín habitual de *La última moda* era ya casi un guiñapo humano. Un día, apoyado en la pared, se quedó dormido mientras facturaba una expedición. Don Evaristo le relevó de ir por la tienda hasta que Dios decidiera sobre la suerte de Luis. No era caridad todo lo que trascendía de aquella resolución. El jefe de *La última moda* tenía entre sus defectos y debilidades el ser por demás aprensivo y no le agradaba la tosecilla de José.

Pasaron tres meses en esta situación angustiosa. Si había de quedar como un tontito, decía Micaela, mejor sería que el Señor dispusiera de él. Y Juan ya ni tullía ni mullía. Allá en los entresijos de su conciencia bullíale el temor de que todo esto fuese un castigo divino por lo duro que había sido siempre con José. Martina se iba a llorar al rincón más apartado. Sólo José seguía sereno y firme en la brecha

del dolor. Pasaba las noches junto al enfermo; envueltas las piernas en una manta y con el chaquetón sobre los hombros. A lo mejor se le subía el gato encima, y hecho un ovillo se le quedaba dormido. Prefería aguantarlo toda la noche sobre las piernas, a oírle maullar lúgubre y doliente por los pasillos de la casa.

No se piense que José soliloqueaba consigo mismo durante aquellas largas horas de duermevera. Que se le erigía, allá en los senos recónditos de su corazón, el ¡no basta! ¡no basta!, como una protesta sarcástica e incluso sacrilega de todo su ser. Cumplía las prescripciones del médico respecto de Luis; obligaba a éste, suavemente, a meter los brazos bajo la ropa; le hacía tomar el alimento a su hora y sumiase después en el piélagó de aquel mutismo y conformidad de su conciencia.

No quiso llevarse Dios a Luis, pero se quedó como se temía. Juan seguía sin decir oste ni moste. Apenas paraba en casa. El hijo recuperado a la muerte absorbió durante algún tiempo toda la efusión cordial de la costurera. La corriente impetuosa de la vida manifestada a través de los derechos imprescriptibles de los demás miembros de la casa, tendió a nivelar en el corazón de Martina las reacciones afectivas naturales, y Luis fué uno más, ya sin particular destaque.

José volvió a *La última moda*, a repartir paquetes, a facturar expediciones y a llevar y traer «la valija». Había quedado muy hundi- da aquella naturaleza, en pie aún no se sabe por qué milagro de Dios. Los paquetes pesaban, pesaban como nunca. Algunos días no podía más y se sentaba a descansar en los bancos de piedra de la Plaza Mayor. Allí estaban los gorriones, felices y alegres, saltando sobre las losas del pavimento o revolando entre los árboles de los jardincillos. Parecían saludarle, como le saludaban también con dulce piar, aquellos otros más ágrestes y montaraces, de las huertas y de los olivares. El sol envolvía en una atmósfera de oro los tejados de las casas y la rojiza fachada del Ayuntamiento, y sobre la esbelta torre de la muralla los vencejos hendían el aire con la aguda proa de sus picos.

En los dos años siguientes a la grave enfermedad de Luisito, Juan, el primogénito, que había estado varios meses aprendiendo el oficio de tipógrafo, llevó a casa el primer jornal, pues las modestas gratificaciones que recibiera durante el aprendizaje, no merece la pena el mencionarlas. Micaela enseñó el corte a Martinita y la colocó de oficiala en el taller, y Jacobo pasó a la tienda a ayudar a su abuelo. Los más pequeños continuaban yendo a la escuela. Dos de ellos, a la de un hijo de don Ramón, el famoso experimentador de José. Naturalmente que el joven maestro empleaba otros métodos pedagógicos más en consonancia con el tiempo en que se practicaban. Fueron unos años tranquilos, sin graves preocupaciones, ni estrecheces mayores que las ya experimentadas.

Pero un día... Acababan de dar las ocho en el reloj de la Plaza. José regresaba de *La última moda*. Subió las escaleras, penetró en el pasillo y oyó unas voces que venían de su cuarto. Era Martina que reñía a alguien. La puerta de la habitación estaba cerrada.

—Vamos, dime pronto quién es. Si no me lo dices en seguida te voy a retorcer el pescuezo.

La persona a quien iba dirigida esta conminación no respondió, pero por los sollozos que diera no fué difícil para José identificarla: era Martinita, su ojito derecho.

—Eres boba—se oyó de nuevo a la madre—Y por eso precisamente nunca pensé que fueras capaz de una acción como ésa. Si no me dices su nombre te lo arrancaré como sea.

José sintió como si alguien le hubiera cogido el corazón y se lo apretase fuertemente dentro del puño.

—Cállate ya y no llores, y dime de una vez quién es.

Como Martinita no respondiera tampoco, se oyó una tremenda bofetada. Nadie se habría imaginado que tan duro golpe procediese del débil brazo de la costurera. José no necesitó oír más para comprenderlo todo. Sintió como otras tantas veces que algo se le derrumbaba dentro. Se le velaron los ojos, más aún en la penumbra del pasillo, pues la luz del techo apenas llegaba hasta allí, y creyó por un momento que le faltaba el aire en los pulmones. ¿Para qué abrir la puerta? ¿Para qué entrar? Hizo un supremo esfuerzo y se dirigió al comedor. El gato, que estaba sobre la camilla, al oír los pasos de José, se incorporó y enarcó el lomo en espera de la acostumbrada caricia. Y como ésta no llegase, maulló débilmente.

¡No basta! ¡no basta!, pensó José atemorizado y dolorido. Y aquella voz interior que se alzaba en su conciencia de nuevo, tuvo ahora una resonancia patética que no había tenido nunca. No quiso ver a Martina, ni esperar la llegada de los hijos, del tendero, que no tardarían en venir. Salió del comedor, recorrió el pasillo bajó las escaleras, sumidas en cierta miedosa semioscuridad, y salió a la calle.

La noche estaba fría y airosa. Era una de esas noches de invierno de baja temperatura y viento afilado como un estilete. Recorrió varias calles y fué a parar a las afueras. ¿A dónde iba? ¿Qué iba a hacer? No se daba clara cuenta de sus intenciones, porque una fuerte turbación interior se le descogía por dentro como espesa bruma que todo lo entenebreciese. José no sabía lo que quería, no tenía la intuición precisa ni borrosa de su deseo. Pero a nosotros no nos será difícil saberlo. Pretendía, inconscientemente, sin deliberado propósito, conseguir adormecer, inhabilitar por medio del cansancio físico, aquella terrible turbonada de dolor que se le había formado en el alma.

Cruzó el puente. A la izquierda, en los pilares, de agua negra y temblorosa, abrevaban varias caballerías. Un hombre, cubierto con una manta, aparecía montado en una de ellas. Avanzó por el camino y antes de llegar al Orfelinato, cuya mole divisábase fácilmente a pesar de la oscuridad, tiró por la calleja de las huertas. El viento le azotaba con fuerza y cuando lo tenía de frente a penas le dejaba avanzar. Pero nunca había sentido como ahora tal tensión del ánimo. Se veía mal, y al pasar la ribera se metió en el agua hasta cerca de la rodilla. ¡Llevaba la atención demasiado polarizada para advertir la frialdad del líquido elemento!

¡No basta! ¡no basta!, le sonaba allá en los senos oscuros de su conciencia. Recordó su vida pasada. Don Ramón, *Pirulo*, el pino de la heredad, las burlas de don Evaristo y de los dependientes de *La última moda*. Aquel terrible apocamiento de su espíritu desconfiado y receloso. Los paquetes, los bultos, las cartas. El cubo de la basura, el estropajo y la escoba. Le venían los recuerdos desordenada y atropelladamente, como un turbión de cosas tristes y desagradables. La irrisión de la boda con la costurera y la rebelión honda y entrañable de la naturaleza poniendo frente al platillo de la timidez y la indecisión, la carga capital, transcendente, de los siete hijos. Y la tinta vertida sobre la mesa del escritorio, y la penosa enfermedad de Luis, y por último, como una bomba final, el percance de Martinita, lo que él más quería en este mundo.

Subió un repecho; salvó unos pedruscos que había al paso y saltó dos tapias. Había entrado ya en la medrosa negrura de los olivares. Una bocanada de aire húmedo y frío le azotó el rostro. Andaba y andaba porque creía que en cada paso que daba sepultaba un mal recuerdo. Un cuervo abandonó graznando el olivo en que estaba posado, y de la lejanía llegó el ladrido de un perro. Saltó una pared y se hirió las manos con las zarzas. Apenas si se veía una estrella en el cielo. El viento silbaba, encoraginado, entre los árboles; crugían las ramas y más de un pájaro chilló en la oscuridad.

José pensó ahora que si en su vida hubiera tenido unos cuantos arranques como el que tuvo con *Pirulo*, otro habría sido su destino. Después tornó a Martinita y adivinó de súbito los sufrimientos que la esperaban. ¡Otra víctima de la debilidad, de la timidez, de la impotencia! Un ramalazo de viento estuvo a punto de tirarle contra un olivo. ¿Por dónde iría? Era tan difícil orientarse en medio de aquellas tinieblas. Empezó a llover. Primero unas gotas heladas que le azotaban el rostro; después la lluvia se generalizó, y a poco sentía en las piernas la humedad de los pantalones mojados. Los olivos habían desaparecido. Salvó una zanja, donde no cayó de milagro; atravesó espeso matorral, de cuya aspereza no quedó bien parada la ropa que llevaba puesta, y tras de saltar una valla, hallóse en el calerizo. El peligro de las pedreras, llenas de agua en este tiempo, le hizo torcer a la izquierda y buscar la falda de la Montaña. Un chozo abandonado dibujaba su forma cónica y breve en medio de la oscuridad circundante. El aire, que a ratos parecía un ventarrón, zamarreaba con fuerza la cancilla de un cercado y la hacía proferir un chirrido lastimero.

Se subió el cuello del chaquetón porque el agua, empujada por el viento, se le metía entre la camisa y la carne. Debía de llevar andando bastante más de una hora. Ladró un mastín y un cárabo lanzó su triste lamento.

José tuvo un golpe de tos tan fuerte, que durante unos minutos no pudo seguir la marcha. Empezaron a faltarle las fuerzas. Por primera vez tuvo miedo en aquel caminar desatinado y presuroso. Parecía como si las piernas se resistieran a conservar la posición vertical del cuerpo. Una mala postura del pie en la tierra resbaladiza le

hizo caer. Mas no tardó en incorporarse y seguir andando. Sintió frío, como un estremecimiento y se dió cuenta de que le castañeteaban los dientes. ¿Qué hora sería? ¿A qué distancia se encontraría ya de la ciudad? ¿Le estarían buscando? Después experimentó como un dulce sopor que le iba anegando. ¡No podía más! Se le doblaron las piernas y cayó al suelo.

IV

El médico aseguró que el peligro inminente había pasado ya, pero que en aquella naturaleza, congénitamente débil, se habían abierto varios portillos que sería difícil tapar. Había sido una pulmonía doble, con un corazón nada seguro de sus propias fuerzas.

El suceso, por lo extraño e inesperado, dió mucho que hablar en la ciudad. José, el hijo de Juan, el tendero, hallado más muerto que vivo en las cercanías de *Portanchito*. Unos arrieros que llevaban una carga de aceitunas al molino de la Ribera, habían dado con él a poco de pasar de la umbría a la solana. La gente supuso dos cosas: que se trataba de un suicidio frustrado o de una rareza proveniente de un desequilibrio mental. ¿Qué razones había tenido José para intentar lo uno o qué causas habían motivado lo otro? Sólo Martinita la costurera, lo sabía a ciencia cierta; pero fué tan discreta, tan inteligente, que en ningún momento, después de la gravedad, se le ocurrió decirselo a José, ni dárselo a entender siquiera.

A Juan, el tendero, no se le arrimaba la camisa al cuerpo. Sabía la que se le venía encima. Micaela, en cuanto se hablaba del caso pretextaba un quehacer urgente y se iba a otra parte. Juan se desahogaba con su hijo Miguel en la tienda. Aquella boda había sido un disparate, y mientras los demás se encogían de hombros él tenía que pechar con todo.

Martina quiso trasladar a José a otra habitación más alegre y confortable; pero José se negó en redondo. Aquél había sido siempre su cuarto y allí estaría «hasta que Dios dispusiera otra cosa». El gato se le subía a la cama y se le enroscaba junto al embozo. Otras veces se ponía de pie, arqueaba el lomo y esperaba a que José le acariciase.

Un día vino don Evaristo a ver al enfermo. No quiso pasar de la puerta. En aquellos momentos no se venía más que a molestar. Don Evaristo creía que dentro del cuarto había por lo menos un millón de bacilos de Koch, en perfecta formación y esperando que entrase para atacarle. Dijo que se alegraba mucho de que hubiera pasado el peligro y que esperaba ver a José aparecer dentro de poco por la puerta de la tienda.

—Pues a mí se me hace, don Evaristo, que se les ha acabado a ustedes la diversión—se atrevió a decir José por toda respuesta.

—¡Pero hombre—exclamó don Evaristo echándolo a broma—quién piensa en morirse!

Martina bajó la cabeza, pues se daba cuenta de lo desagradable de la situación, y Antoñito, que tenía ya diez años, le preguntó a su

madre, tan pronto salieron del cuarto, qué había querido decir José con aquello de que «se les había acabado la diversión».

Luisito, el de la meningitis, con su carita de bobo, se asomaba a la puerta y sonreía a su padre. Después se iba a la cocina a jugar con el gato.

Martina sabía que aquel montón de huesos que era José, no se restituiría nunca a la vida normal. Se había apoderado de ella una sombría tristeza y apenas si hablaba con nadie. José no pensaba en nada, su conformidad era absoluta. Para qué pensar. Si volvía los ojos al pasado, qué haría sino sufrir, y si se detenía a considerar el presente, qué le tocaba sino sufrir también.

Le había quedado una tos pertinaz, seca, dura, que a veces le quitaba el resuello. Pero jamás se quejó. Hacía cuanto le mandaban y no daba el menor ruido. Parecía ya un pajarito. El pelo lacio y un poco en desorden, le caía sobre el cuello de la camisa. Si no se advertía mucho la terrible palidez del semblante es porque tenía muy crecida la barba, y el céreo color de las mejillas desaparecía bajo los pelos. Pero los ojos, aunque hundidos en los profundos nichos de las órbitas, aún conservaban aquella suave luz de bondad y nobleza que le brillaba en las pupilas azules.

El médico había perdido toda esperanza. Un día al salir del cuarto, le dijo al tendero:

—Esto se acaba. Es como una llamita a la que faltase el aire.

Y así fué. José murió, y murió en la forma más triste en que se puede morir: solo.

Juan y Miguel, como todas las mañanas, se habían ido a la tienda; el tipógrafo a su trabajo, y Martinita, que aún podía disimular su estado, al taller. La costurera estaba con la muchacha en el mercado. Era éste un menester que por razones económicas no le gustaba confiar a nadie, y que ella despachaba bien y de prisa. Los otros chicos iban en aquel momento camino de la escuela o de sus ocupaciones habituales, a excepción de Josefita, de doce años, que esperaba en casa a que regresara Martina. Pero Josefita o había salido a la calle, sin que sepamos a qué, o andaba por los rincones más apartados de la casa cuando Dios dispuso del alma de José.

El día estaba triste y sombrío. Apenas si entraba luz por el balcón del cuarto. José había tenido tan fuerte acceso de tos, que pensaba si se le habrían roto los huesos del pecho. Sintió que le faltaba la vida y que un sudor frío le bañaba el rostro. Despertóse el gato, que estaba echado a los pies de José: tiróse de la cama al suelo y fué a perderse maullando en la penumbra del pasillo. José quiso llamar, pero apenas si le salía la voz del cuerpo. Como se diera cuenta de que se moría, aún tuvo alientos para pensar, más que para decir:

—Señor, te lo digo sin soberbia alguna, aún podría aguantar algo más... Dame unos días más de vida, unas horas, unos minutos... Aún me quedan algunas fuerzas para sufrir. Todavía oigo como siempre... ¡No basta! ¡no basta!

Y así se durmió en el Señor.

PEDRO ROMERO MENDOZA

SONETOS (1)

DOMINGO

Rayan vuelos oscuros de vencejos
el raso de la tarde dominguera,
y entre árboles dormidos de ribera
discurre un río manso y sin reflejos.

Una esquila convoca desde lejos
al rebaño esparcido en la ladera,
y el sol dorado de la primavera
lame la fronda de los sauces viejos.

Al margen de un bancal abandonado,
la corva reja del ocioso arado
a la luz del crepúsculo destella.

Todo se va durmiendo en el sosiego.
Y un agua muerta de arcaduz de riego
copia el temblor de la primera estrella.

CREPÚSCULO

Suben del valle al cielo vespertino
rumor de fronda y cantos de labriego.
Los sembrados se quedan en sosiego;
los cavadores van por el camino.

Sapos ocultos tañen su argentino
laúd en tierras húmedas del riego;
y entre las campanillas y el espliego
pasa un cantar de arroyo cristalino.

La dulce brisa de la tarde orea
los campos, el ejido de la alaea,
la cruz de piedra del humilladero...

(1) Alcántara se complace en publicar estos bellos sonetos, que juntamente con otros de la misma calidad literaria, serán dados, en volumen, a la estampa.